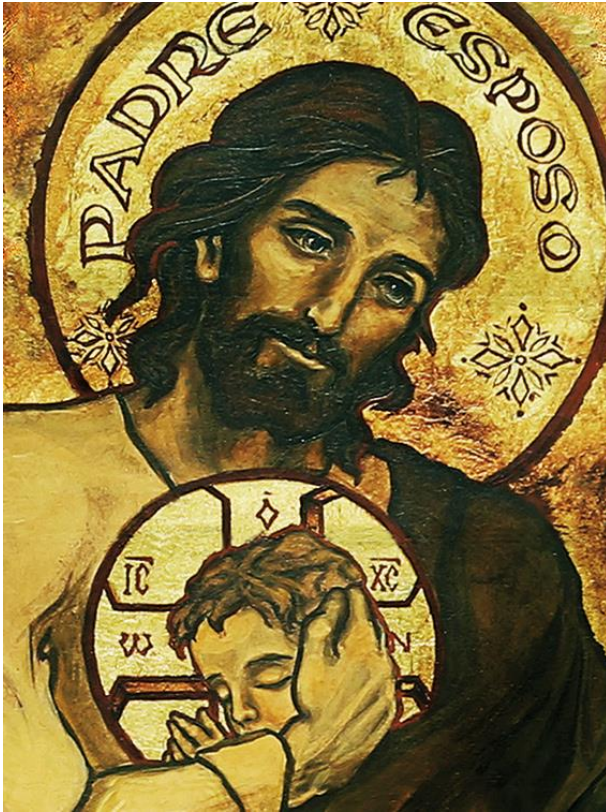


TRIDUO A SAN JOSÉ



En el Instituto se reza todos los meses, comenzándose el día 17.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Oración inicial de cada día

¡Con qué confianza, con cuánta satisfacción vengo a tus pies, José Santísimo, implorar tu socorro y protección en mis necesidades! ¡Oh! yo no temo que no quieras oír mis ruegos, porque por experiencia sé que no te sabes negar al que con Fe te hace una súplica.

Tú que en el mundo probaste todas las amarguras de la vida y que conoces bien las duras afecciones del corazón humano, ¿te harás sordo cuando algún mortal, con la Fe y el consuelo que inspira tu dulce nombre, te invoca y te descubre el centro de su alma que sufre, traspasada de alguna pena?

Tú que puedes sacar la punzante espina de un corazón afligido, ¿te mostrarás indiferente, y verás sin lastimarse tu eminente caridad, rodar las lágrimas de tus devotos, sin extender tu benéfica mano y secar su llanto? ¿Acaso necesitas para hacernos un beneficio, o darnos el consuelo, de otra cosa que tu voluntad? ¿Y habrá quien pueda imaginarse que no habiéndose menester más que tu voluntad santísima, no quieras acceder a calmar o quitar nuestras tribulaciones? ¿Desconfías Tú que tu Hijo Santísimo te niegue lo que le pidieras? ¿Será posible, Santo mío, que Aquel que en el mundo alimentaste y que vio el noble frente cubierta de sudor para proporcionarte su alimento y el de su Santísima Madre, te desaire cuando vayas a suplicarle te conceda alguna gracia? Aquel que te escogió para que le sirvieras de padre, y que se regocijaba cuando le dabas el tierno nombre de hijo, ¿no querrá acceder a tus peticiones? ¿No es el que en la tierra te obedecía y que tantas veces tuviste en tus brazos acariciándole dulcemente?... ¿No es el mismo que desde toda la eternidad te señaló con su omnipotencia para Esposo de la Inmaculada Virgen María?

Grandes, muy grandes son estos títulos para que no puedas con Dios todo lo que quieras, y grandes son también las esperanzas que a mí me infunden tan estupendas

prerrogativas. Posible es, Padre Mío, que yo te pida una cosa que no sea conveniente, y esto es efecto de mi ignorancia; pero no es posible que me dejes sin consuelo en mis necesidades. Sí, yo no quiero que Tú hagas mi voluntad, sino la de Dios: pues si lo que pido no es a su mayor honra y gloria y provecho de mi alma, nada quiero sino en todo tiempo tu amistad y protección. Si trabajos, si enfermedades y disgustos es lo que me conviene en la vida, yo los recibo con el mayor placer por ser voluntad de Dios, y sólo te pido me alcances su Santísima gracia para sufrir resignada y obtener en la eternidad el premio, que es lo que aspiro. Amén

Día primero

Santísimo José, aquí me tienes postrado a tus plantas, y muy confiada en tu patrocinio.

Siento que en mi pecho nace una ligera esperanza al invocarte, porque estoy convencido de tu poder y valimiento con el Altísimo; porque sé que son infalibles tus ruegos unidos con los de tu Purísima Esposa María, y porque sé también que tienes gusto en favorecer a tus devotos.

Pues bien : llévame de la mano hasta el trono de tu Santísimo Hijo, y dile: Este que ves aquí me ha invocado, se ha valido de mí en sus penas y yo quiero aliviárselas; él no se levantará de tu presencia, ni yo me retiraré de este lugar sin haber conseguido lo que deseo en bien de mi devoto; acuérdate Hijo mío, de las aflicciones que en el mundo tuve cuando fuiste servido de encargarme de tu cuidado, y no me niegues lo que solicito. ¡Ah! no podrá negarse a este ruego; te concederá lo que pides, Santo mío, yo volveré a tener la felicidad que perdí, y todos mis días serán de regocijo, teniéndote a Ti en mi favor y amparo. Amén.

Oración final de cada día

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

Sírvanos de guía y luz

En nuestra necesidad

La inagotable bondad

Del dulcísimo Jesús.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

Sea toda nuestra alegría,

Sea todo nuestro consuelo

La Medianera en el cielo,

La Inmaculada María.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

Se acabarán, bien se ve,

Nuestras penas y dolores,

Pues son nuestros protectores

Jesús, María y José.

Día segundo

Glorioso Patriarca, yo que soy el más grande pecador, necesito de tu Hijo la más grande misericordia: ruega por mí y no me deseches; atiende que te invoco, mira que te suplico no tenga que retirarme de tu presencia sin consuelo. Nada soy, nada valgo, nada merezco; pero tengo que alegar en mi favor tus propias virtudes y las de tu Esposa María; tengo que recordarte que el Salvador derramó su Sangre preciosísima por mí, y que, aunque indigna, soy criatura suya.

Si tú te interesas por mí y haces esto presente al Todopoderoso, nada me faltará, y quedarán remediadas mis necesidades; así lo creo, así lo espero lleno de Fe, y muy consolado queda mi corazón, esperando que con tu intercesión Santísima, seré feliz en esta vida y en la otra. Amén

Padre Nuestro..., como el día primero.

Día tercero

¡Oh amabilísimo José! Padre estimativo, felicísimo del Salvador del mundo, yo no cesaré de alabarte ni de confiar en tu patrocinio, ni cesaré de invocarte hasta el último instante de mi vida y pedir que ruegues por mí. No desprecies mis oraciones aunque tibias y sin fervor: suple mi devoción, ilumina mi entendimiento, fortalece mi corazón con las virtudes, y dame todo aquello que sea necesario para el bien de mi alma, juntamente con el socorro y amparo en mis necesidades. Y a Tú las sabes, no tengo para qué repetirlas, y mejor que yo conoces lo que me es conveniente y necesario. No hagas conmigo (te lo repito) lo que yo quiera, sino lo que más agradable sea a tu querido Hijo; ni se haga en mí y en todas mis cosas sino la voluntad de Dios, para que en todo tiempo y a cada hora cante tus alabanzas en la tierra, y después vaya a cantarlas en el cielo en tu compañía. Amén

Padre Nuestro..., como el día primero.

